

La historia de un aventurero

El lector acaso no conozca a José Rodríguez de la Peña. Es un escritor radical, oxíntimo de Lerroux, a las órdenes del cual ha estado bastante tiempo. No sé ni me importa saberlo, por qué los amigos ayer son enemigos hoy. El hecho de la amistad antigua y de la enemistad reciente es notoria. Se cuenta que Rodríguez de la Peña sintió a raíz de iniciarse la guerra y cuando empezaron las andanzas de Lerroux para meternos en el conflicto, nobles escrúpulos. Lo cierto es que aquél y algunos otros compañeros se separaron de «El Radical» y emprendieron una campaña de prensa contra Lerroux. Ahora, Rodríguez de la Peña acaba de publicar un libro. Se titula «Los aventureros de la política» y en muchos de sus capítulos está retratado a la pluma Alejandro Lerroux. Reproduzco al azar uno de esos capítulos; el que lleva por epígrafe «Lerroux ¿de qué vive? Vamos a cuentas.» No es el más interesante, pero indiscutiblemente es de interés. Juzguen los lectores.

Lerroux vive opulentamente. Sus gastos privados son enormes, sus gastos políticos también. Solo un periódico que publica en Madrid le costó el año pasado más de veinte mil duros, según su propia confesión. El negocio que emprendió en las publicaciones históricas fué un desdichado fracaso que le ocasionó una pérdida de más de cincuenta mil pesetas. Luego gasta grandes sumas en automóviles y joyas, viaja como un nabab y paga numerosas gabelas.

¿De dónde sale este dinero? He aquí una cuestión importante de puntualizar. Lerroux no tiene ingresos conocidos, y sin embargo hace frente a esos gastos exorbitantes. Para mayor desconcierto de la crítica, Lerroux ha adquirido en estos últimos tiempos propiedades que no están naturalmente a su nombre. Lerroux prepara su vejez; pero ¿de dónde saca el dinero?

Ahora tenemos una pista; el apoyo prestado a Francia y el contrabando de guerra; pero ¿y antes? Demos a las cosas su nombre decoroso: Lerroux ha vivido de la política; cuando se es concejal y se tiene una moral poco escrupulosa, se pueden apañar diez o doce mil duros anuales. Cuando se es parlamentario, jefe de una fracción y además se dispone de todo un Ayuntamiento tan importante como el de Barcelona, la cantidad se duplica con relativa facilidad, según el ejemplo que tenemos a la vista.

El extranjero que lee estas páginas se asombrará de que al paso de tales aventureros no salgan las leyes. Pero esto tiene una explicación que los indígenas nos sabemos de memoria. Nuestros códigos, como nuestros cañones, son de poco alcance, y no tienen verdadera eficacia más que sobre el estado llano. En las alturas se está completamente a salvo de toda contingencia; la lucha es, pues, desesperada para conquistar la altura. Una vez allí, ya no hay cuidado.

Si un obrero que no posee nada se presenta un día derrochando dinero, cambiando billetes en la taberna, despierta las sospechas de la policía que en seguida se pone a seguirle la pista. Sus gastos le han denunciado. Al fin se descubre que es autor de tal o cual robo o de tal o cual estafa. Pero si el que derrocha dinero es un hombre que escogió como profesión la política, entonces la policía se inclina y hasta se descubre respetuosamente a su paso.

Lerroux regresó hace cinco años de Buenos Aires y no trafa dinero. Al llegar se instaló en un modesto piso de la calle de Jorge Juan. Para poder fundar el periódico que desde entonces sostiene en Madrid, empezó a escribir cartas a todos los antiguos amigos republicanos que se hallaban en buena posición. Con lo que trafa de América y lo que le enviaron algunos de estos amigos, reunió nueve mil duros y echó el periódico a la calle. Desde que salió el periódico, hasta la fecha de hoy, el déficit mensual no ha bajado nunca de siete mil pesetas, y muchas veces ha subido a diez mil. El periódico empezó a publicarse en los primeros días de Marzo de 1910, hasta Agosto de 1913, han transcurrido sesenta y siete meses. Si tomamos el déficit mínimo mensual de siete mil pesetas hallamos que Lerroux ha desembolsado en cinco años y medio cuatrocientas sesenta y nueve mil pesetas solo para el sostenimiento del periódico. ¿De dónde sale ese dinero?

Además en el interregno de esos cinco años, Lerroux ha edificado talleres, ha comprado máquinas por valor de ciento cincuenta mil pesetas y ha pasado del modesto cuarto de la calle de Jorge Juan a un hotel fastuoso, rodeado de jardín que vale más de un millón de reales. Esto que representa solo una parte de sus gastos y no ciertamente la más elevada, nos da la suma de un millón de pesetas, sacado por Lerroux en cinco años. ¿De dónde?

Si se une a esto la vida ostentosa que hace con su afición al lujo y los gastos elevadísimos de orden privado, además de otras propiedades por él adquiridas, resultan sumas verdaderamente fabulosas. ¿De dónde ha sacado Lerroux todo ese dinero?

Por las manos de este caudillo han pasado en cinco años millones de pesetas. ¿De dónde han salido?

Quizás algún lector esperará que pongamos en sus manos el hilo de Ariadna que pudiera guiarnos en el laberinto de la fortuna de Lerroux. Esto nos está vedado. Aunque tuviéramos todas las pruebas de esta rápida acumulación de dinero, no las publicaríamos. Nuestro objeto es trazar la silueta moral de este hombre para contribuir a alejarlo de los negocios públicos. El pasado casi no nos interesa. Lo importante es labrar su porvenir donde estas tristes cosas no puedan repetirse.

Por nuestra cuenta, ni una palabra. Es innecesario.

M. P.

A los trabajadores

¿A quiénes escogió Nuestro Señor Jesucristo para continuar su divina misión y transformar el mundo? Ni a políticos, ni a filósofos, ni a oradores, ni a juriscónsultos, ni a rico alguno. «Todo el edificio del Cristianismo», dice el franciscano Fray Agustín de Montefeltro, descansa sobre DOS OBREROS, S. Pedro, que era pescador de Galilea, y S. Pablo, que era tejedor de Tarso». Este último trabaja para no ser gravoso a nadie, hasta durante el ejercicio de su esplendente apostolado, según testimonio del mismo en su *Carta a los Tesalonicenses* (III 8). Los monjes primitivos todos fueron obreros. San Pablo primer ermitaño; San Antonio, San Hilarión, San Pacomio con sus discípulos, emplean su tiempo en la oración y el trabajo, y las Ordenes religiosas en Europa, África, Asia, América y Australia, levantan monasterios y hospederías, roturan tierras, abren caminos, construyen puentes y enseñan todas las artes útiles a las razas convertidas a Cristo. Y no sólo enseñaron con la religión las artes útiles a sus neófitos, sino que contribuyeron a poblar muchas regiones desiertas, como lo demuestran los nombres de millares de pueblos y ciudades erigidos alrededor de templos y conventos.

¡Pobres alemanes!

¡Pobrecitos alemanes!
Un año dando traspies
Para morir sepultados

Bajo el monte de papel
Que a diario en oleadas
Nos lanza el pueblo francés.
Cuatro veces murió el Kaiser
El Komprinz como unas diez
Y sus demás hermanitos
Cada uno, cinco o seis.
Los príncipes de Baviera
De Sajonia y Wutemberg
Están casi acostumbrados
A dejarse allí la piel.
Sus divisiones cayeron
Cual segada cae la mies
Y los poquitos que quedan
(Con un hambre que no ven)
En oliendo la comida
Se entregan casi en tropel.
El Kaiser se volvió idiota,
Loco Francisco José
Hindenburg (no pobre viejo)
Que no se puede tener.
Dicen que cayó en desgracia
Lo mismo que Mackensen
Los tchecos se sublevaron
Chocando con no sé quién,
Y otros chicos sin ser tchkos
Se levantan por doquier.
El pan subió a las estrellas,
Patatas ya ni se ven,
Y quien tiene hambre se come
A quien se deje comer.
En fin, allí ya no hay nada,
Más que miseria, escasez,
Muertos, heridos, enfermos,
Epidemias, hambre, sed...
Con que ya saben ustedes,
Aquello dejó de ser;
No se hable, pues, de alemanes
Ni de austriacos; que es de fe,
Que allí no existe ya nada
Más que cinco hombres o seis
Que serán, según parece,
Cogidos por el francés,
Y expuestos en una jaula,
Ante quien los quiera ver.
Como ejemplares curiosos
De una raza que antes fué.

RUBIELOS.

¡Alerta, católicos!

Por distintos conductos se nos anuncia que la masonería francesa, aprovechándose, como es en ella costumbre, de las circunstancias, ha empezado a enviar infinidad de folletos con apariencia de católicos y admirablemente traducidos al español.

Nuestros denunciadores nos ruegan, y lo hacemos con mucho gusto, que llamemos la atención de los lectores, para que no se dejen sorprender por las apariencias.

Son estas tan perfectamente católicas, que es fácil llevar al extravío las conciencias.

Por eso, antes de leer libros y folletos relacionados con el catolicismo a la guerra, lo mejor y más práctico es consultar siempre con los que únicamente tienen autorización para conocer de estas cosas.

En una de las denuncias se nos llega a decir quien es el reexpedidor de cierto pueblo de la frontera española, y se nos añade que es hombre conocido por sus ideas anárquicas y por pertenecer de hecho a tan maldita secta.

¡Cuidado, pues, antes de caer en los